

Conocí a José Antonio Corrales en un curso de informática que promovió la Extensión Universitaria en 1983 en la Escuela de Ingenieros Industriales de Gijón, cuando ambos teníamos más pelo. Era una época de grandes cambios en la economía española y yo, terminada la carrera y a punto de marchar a la mili, aproveché para matricularme en esas clases que impartía con jóvenes ayudantes, quizás hoy ya catedráticos. Estas tecnologías siempre han sido imprescindibles para cualquier graduado, pero aún no se habían democratizado lo suficiente. Exigían un conocimiento excesivo de las reglas de programación para ser una simple herramienta de apoyo; algo que democratizarían los jóvenes melencidos de Silicon Valley durante esos años creando la ofimática. Coincidimos una década más tarde, siendo yo Interventor de la Universidad y él como responsable del área de las incipientes infraestructuras de nuestras redes digitales, en el vicerrectorado de Guillermo Ojea, ilustre catedrático del campus gijonés que prestó grandes servicios a nuestra Universidad. Comíamos los tres con frecuencia en la vieja pizzería de la plaza de Riego, hoy planta baja de la Sindicatura de Cuentas del Principado. Así que ahora, ya jubilados, decidimos recordar los viejos tiempos quedando para charlar y disfrutar de esa disruptiva creación nacional que ha sido el menú del día.

Pude ser, gracias a él, uno de los primeros usuarios de internet (1994) porque tras una pizza de anchoas (nunca entendí su pasión por ella) me dijo si quería instalar esa ventana al nuevo mundo, pues ya tenía clavija en mi despacho. Una maldad doctoral inteligente para involucrar a la burocracia en los complicados líos administrativos que se avecinaban. Cuando le planteé que debía recoger a los niños de inglés me insinuó que si no aprovechaba la oportunidad debería esperar unos meses como el resto de la plantilla. En el PC de mi despacho empezó su lucha a las cinco de la tarde y terminó hacia la media noche. Lo bueno de trabajar en la Universidad es ese contacto cotidiano con la vanguardia de la tecnología y el talento de los jóvenes que empiezan a despuntar. He visto pasar a bastantes, así que les reconozco fácilmente, aunque algunos respetables académicos son pesimistas sobre el nivel con que llegan hoy los alumnos, algo que también comparte Corrales, mientras degustamos el salmorejo en una terraza de la Plaza de la Catedral.

Hablamos de la importancia que ha cobrado la red en nuestras vidas. En aquel tiempo había unos miles de ordenadores españoles conectados en un centenar de organismos con lento acceso a Internet a través de la van-

Las redes sociales, por esa oferta que suma anonimato y protagonismo, han llevado a unos modales de sinceridad emocional tan extremos que se pide o festeja en ellas la muerte del contrario, como en el circo romano. Así ha pasado con Charlie Kirk, un activista político ultraconservador, podcaster y teórico de la conspiración que se ganó la fama y la vida como gladiador del debate. Debate es controversia, discusión, contienda, lucha, combate. Los debates se ganan y se pierden. No los gana la razón, sino el zasca, esa onomatopeya de la bofetada.

Hay una multitud de individuos en redes sociales que ha celebrado el asesinato de Charlie Kirk de un disparo certero de Tyler

Pioneros

La introducción de la informática y de internet en la Universidad en los años ochenta y noventa del pasado siglo



ANTONIO ARIAS RODRÍGUEZ

Fuimos precursores de la conexión entre centros de investigación. Hoy vemos natural su uso doméstico pero entonces solo existía en la Universidad

guardista RedIRIS. Digamos que era la primera iniciativa para alcanzar la soberanía tecnológica que necesitaba la Universidad, que había comprendido su importancia mucho antes que empresas o políticos, creando una red académica y de investigación española que proporcionaba servicios avanzados de comunicaciones a la comunidad científica nacional. El resto, con teléfono y fax. Si eres un lector joven, pregúntale a tus padres qué era un fax.

La primera red de la Universidad de Oviedo, en ese 1994, costó 400 millones de pesetas y fue cofinanciada por la Administración del Principado, que estrenaba competencias, siendo rector Santiago Gascón. Le tocó a José Antonio Corrales justificar la inversión ante el Consejo Social, que entonces presidía el empresario Efrén Cires, economista y licenciado en Informática que había sido director del centro de proceso de datos del Ministerio de Hacienda. Toda una confluencia planetaria. Podemos afirmar que durante unos años estuvimos en el pódium, que fuimos precursores de la conexión entre centros de investigación. Algo que hoy asumimos con naturalidad como herramienta de uso doméstico pero



que, entonces sólo existía en la Universidad.

Bromeamos sobre una posible Ley Corrales para identificar a los pioneros informáticos de una organización, que podemos enunciar como inversamente proporcional al número de letras de su dirección de correo electrónico corporativo. José Antonio sólo dos: sus iniciales antes de la arroba. Eran otros tiempos, sin protocolos escritos al respecto.

Los tecnólogos siempre han estado secuestrados por los aparatos. Le pregunto si guarda los viejos cacharros y, para mi sorpresa, me dice que los usa de vez en cuando; desde el viejo Nokia hasta la calculadora mecánica. Me apunta la necesidad de agrupar todos esos cachivaches universitarios en una colección sin pretensiones, pero representativa de la evolución de estas tecnologías: «tíranos cosas que funcionan». En efecto, recuerdo una visita, en Portoaegre, al Tribunal de Cuentas de Río Grande do Sul donde habían aprovechado todos esos obsoletos artilugios hasta constituir un pequeño museo que era visitado regularmente por colegios para conocer de dónde venimos. Estas herramientas fueron esenciales en la práctica contable.

Guillermo Ojea, en su tercer año pensionado y mientras degusta su carne gobernada, añora aquel viejo Macintosh de hace 35 años donde elaboró en Excel, siendo rector López Arranz, el presupuesto de la Universidad en disquetes cuadrados. Si eres un lector joven, pregúntale a tus padres qué era un disquete.

Como no puede ser de otra manera, cuando nos traen el flan de postre, bromeamos sobre la inteligencia artificial (IA), con el conocido símil de quien ve por un telescopio una escuadra alienígena que tardará diez años en llegar a la tierra: «¿Podemos ser optimistas? ¿vendrán en son de paz?». La noticia académica de estos días es que han identificado más de un millar de revistas que carecen de la mínima calidad científica. ¿Cómo? La IA revisó millones de artículos en todas las ramas de la ciencia y detectó su poco nivel. En la mayoría de los sectores, parece que el saldo neto de empleos y actividades destruidas será muy superior al creado con estas herramientas.

Durante el café, animamos al recién jubilado a seguir las muchas series de las plataformas. Ojea prefiere las coreanas. Yo soy más de las nórdicas. Al terminar, hacemos chistes sobre el futuro y cómo las películas, más pronto que tarde, tendrán finales a elegir. Alguien sugiere que «al terminar Casablanca, Bogart se lia con el Inspector». En fin, después de tantos años de vida digital, José Antonio nos confiesa que se dedica ahora a cuidar más el avatar, con cinco días semanales de gimnasio del que sale siempre «reventao». ■

Disparar chistes



JAVIER CUERVO

Robinson y los trumpistas han hecho multitud para acudir a su entierro y convertirlo en un acto martirial y de afirmación. A partir de ese tráfico de emociones conducido solo en sentido sentimental, no vale pensar. Ese respeto a las emociones ha llegado hasta la retirada de un episodio de South Park antes del atentado, en el que se burlaban de los argumentos que repetía Kirk, porque algunos lo relacionan con el asesinato. Un rebote de la bala asesina ha herido la libertad del humor.

Esa carencia tiene lo que llaman «radicalización», que no se puede contemplar como un problema de salud mental porque dejaría sin culpables. «Voy a meterle un tiro en el cuello a este tipo con un mauser calibre 30-06

porque me lo ha dicho un personaje de dibujos animados». Los perjudicados no relacionan la muerte de Kirk con la defensa a ultranza del uso libre de armas sino con los chistes de los guionistas contra la vulgaridad argumental.

Es menos imbécil retirar las armas que retirar los chistes, que no agujerean el cuello. En puridad se debería retirar al asesino, pero antes de disparar sólo era otro tronado de 22 años que no es seguro que viera South Park pero sí que tenía un rifle a mano y que se adiestró para usarlo con puntería letal. Antes de disparar no había cometido ningún delito, pero tampoco los cometen esos izquierdistas a los que acusa Donald Trump y a los que amenaza perseguir. ■